<u>En los 40 años del Colegio Nacional de Codazzi:</u>

ME PROPUSE CAMBIAR Y LO LOGRÉ

Por Lácides Martínez Ávila*

He tenido a bien resaltar aquí una de las grandes enseñanzas que me dejó mi paso, como estudiante, por el Colegio Nacional Agustín Codazzi. Se trata de una vivencia que, a lo largo de mi vida como docente, he solido presentar a mis alumnos a guisa de ejemplo. Me refiero a la –para mí-- comprobada realidad de que *sí le es dable* a cualquier estudiante, cambiar repentina y bruscamente de actitud o comportamiento, siempre que se lo proponga con firme determinación. No es cierto, de acuerdo con mi propia experiencia, que tales cambios tengan que ser forzosamente graduales y paulatinos. A veces se toma este último argumento como simple pretexto para dilatar, y aun aplazar, el proceso de cambio constructivo de la personalidad.

Cuando ingresé al Colegio Nacional Agustín Codazzi, en el año 1968, a cursar mi primer grado de Bachillerato, me propuse ser un alumno de conducta excelente. Por aquel entonces, en las escuelas y colegios se hablaba más de *conducta* que de *disciplina*. Tal propósito me lo formé porque, a raíz de los problemas de comportamiento que tuve el año anterior en quinto de primaria, no se me entregó el correspondiente diploma, a pesar de que ocupé el segundo puesto en rendimiento académico.

Había terminado mis estudios primarios en el Liceo Santander, del profesor Emel Marshall. Allí me peleé varias veces, a puño limpio, entre otros, con William Borcia, a causa de un sobrenombre que me pusieron y que yo rechazaba con agresividad. Pero Borcia, que alardeaba de adelantar un curso de gimnasia por correspondencia y mostraba los bíceps de sus brazos para intimidar, cuando quería pelear conmigo me lo decía y me lo repetía a gritos: "*¡Marazul!*". Tan pronto como terminó el año escolar, el profesor Emel llamó a mi mamá y le preguntó que dónde pensaba matricularme para el año siguiente. "En el colegio público nuevo que van abrir", respondió mi mamá, y le preguntó a su vez: "¿Por qué, profe?" "Porque, si sigue así de peleonero, allá sí lo expulsan –contestó el profesor Emel--. Yo no se lo expulsé por consideración a usted y porque académicamente, tengo que reconocer, es muy buen estudiante".

Así que, cuando comencé a estudiar en el Colegio Nacional, mis antiguos compañeros del Liceo Santander que habían ingresado al bachillerato conmigo, y que me conocían, se extrañaban de mi cambio de actitud. Algunos de ellos les decían, en voz baja, a los alumnos prevenientes de otras escuelas que me dijeran "*Marazul*". Éstos así lo hacían, pero yo optaba por permanecer impasible, sin molestarme lo más mínimo, como si la cosa

no fuera conmigo. Y después hasta mis propios compañeros "santanderistas", que antes no se atrevían a hacerlo, me llamaban a veces por el citado remoquete.

Ahora, pido permiso, para pecar un poco de inmodesto. Ese año, me destaqué no sólo en lo académico –lo cual era normal en mí, puesto que siempre fui un comelibro--, sino también en lo disciplinario. Tuve el honor de ser el primer estudiante del Nacional que izó la bandera colombiana. Para el primer acto cívico, salimos como legionarios: José Mejía, por cuarto de bachillerato; Vadith Gómez, por tercero; Álvaro Manjarrés, por segundo, y yo, por primero. Eran sólo cuatro cursos los que había en el colegio. En el sorteo para escoger quién izaría la bandera, salí favorecido yo.

Al finalizar el año lectivo, ocupé el primer puesto en mi curso. Era costumbre, por aquel entonces, que cada profesor, en el acto de clausura del año escolar, premiara al mejor alumno de su materia dándole algún obsequio. Recuerdo, por ejemplo, que el profesor Pedro Daza Mendoza me premió con un la novela "María", por haber ocupado el primer puesto en Español; el profesor Pedro López Carbonó, me obsequió una caja de plumeros por el primer puesto en Ciencias; el profesor Juan Villalobos me regaló una toalla grande, con la que alcanzaba a cubrirme todo el cuerpo, por haber ocupado el primer puesto en Religión, y el rector Ricardo Rico me regaló un libro de Español de Luis M. Sánchez para segundo de bachillerato, por haber ocupado el primer puesto en general entre los estudiantes de mi curso. Lo que más me impactó y me llenó de orgullo, fue la parte final de la dedicatoria de este último obsequio: *"…Por su excelente **conducta** y rendimiento".*

Sirva lo expresado para demostrar lo dicho al comienzo de la presente nota: que un estudiante puede enmendar su comportamiento de un momento a otro. Afirmar que tal cambio sólo se puede lograr poco a poco, dándole tiempo al tiempo, no es más, a mi juicio, que un pretexto para dilatar el cambio. Lo único que se necesita es un estímulo suficientemente poderoso o atractivo que nos mueva a cambiar. Mi mamá me había advertido, por ejemplo, tras su entrevista con el profesor Emel Marshall, que si a mí me expulsaban del colegio, no me seguiría dando los estudios, sino que me mandaría para donde mi papá, quien vivía en cercanías de Saloa, nuestro pueblo natal. Si esto llegaba a ocurrir, mi destino sería convertirme, para toda la vida, en un simple pescador o jornalero. Yo tenía claro que no era eso lo que quería. Por el contrario, mi ideal era llegar a ser un profesional, el primero de mi familia. Y fue esa aspiración, unida al temor de no llegar a ser más que un mero pescador o machetero, lo que determinó que cambiara de la noche a la mañana mi comportamiento disciplinario en el colegio, sin pretextar dilaciones de ninguna clase. Es esta experiencia de vida en el Colegio Nacional, la que hoy me permite afirmar, sin atenuantes y sin ambages, que el cambio mejorativo de la conducta estudiantil se puede lograr de manera súbita e inmediata, sin dilación alguna. Y casi me

atrevo a asegurar que ello no sólo es posible para los estudiantes, sino también para los seres humanos en general.

* Licenciado en Filosofía y Letras.